

escrito a máquina

El País de Una Loca Climatología



Se quedó extrañado y hasta molesto —según me pareció— cuando al verme tan interesado en la lectura y al preguntarme qué leía, le mostré las páginas del Dr. Alejandro von Frantzius: "Condiciones Climatológicas en Centroamérica" (1). La cara que hizo fue como si me encontrara robando en el cercado ajeno. ¡Un poeta metido en el patio de las ciencias... o en berenjenas! Pero... Tenemos que meternos donde no alcanzamos...

—¿Se puede saber?

—Tengo un personaje nicaragüense, el personaje de un cuento (¡cálmese, comprendo, es algo poco serio!) pero este personaje está convencido de que el clima lo hace y lo deshace como un pintor hace o deshace una fisonomía aplicándolo o quitando una sombra o una línea.

—A mí el calor húmedo me deprime.

—Ya ve. Pero mi personaje no es un hombre, sino un pueblo, un mismo pueblo, indígena, que por condiciones políticas y catástrofes sale guiado por sus conductores a través de los siglos y a través de diversas tierras y va variando de carácter y de civilización según los climas.

—Es decir, el clima del relato es el clima de cada lugar.

—Exacto. Aquí en Nicaragua el Dr. Von Frantzius dice que, aunque estemos unidos al norte y al sur con tierra firme, en materia de climatología, debemos ser considerados como una isla. Nuestro clima —agrega— "es de isla y por cierto de una isla montañosa". El clima nos vuelve marineros. El clima nos alimenta una nostalgia viajera y nos conforma una psicología robinsónica. Vivimos respirando un aire húmedo de mar. Nuestra naturaleza, se va esculpiendo por dentro, a golpes de aire, como la de una gaviota. Toda la literatura nicaragüense está marcada por ese signo.

—Es decir, aquí en Nicaragua su personaje —pueblo cambia de naturaleza.

—Sí. El pueblo itinerante que viene desde el Norte, desde más arriba de México, peregrinando por tierra, al llegar a la isla de Nicaragua ya no sigue adelante sino que comienza una etapa distinta, de dispersión viajera. Nos movimos a través de los siglos hacia Nicaragua, como hacia una "tierra de promisión", pero una vez en ella, nos damos cuenta de que solamente hemos llegado a un punto de partida. En vez de fincar nos quedamos en la zona más caliente, a la orilla de los lagos, como esperando un destino porteño, como se quedan en los puertos esos viajeros impenitentes a quienes se le agotan sus dineros pero no pierden la esperanza de ganar en los muelles lo suficiente para proseguir la aventura.

—Pero la espera va creando un modo de ser.

—Y allí entra otra vez el clima. El nicaragüense es el producto de una loca climatología. El nicaragüense es una psicología sin estaciones o de estaciones equivocadas. Dice el Dr. von Frantzius: "Divídese aquí el año, llueva más o menos, en dos estaciones, una lluviosa y otra seca, que con esto de ninguna manera corresponden al verano y al invierno de las zonas templadas. Es, por consiguiente tan absurdo como arbitrario, el llamar a la estación seca, verano y a la lluviosa, invierno. Este supuesto verano coincide con el invierno del Norte y el pretendido invierno de Nicaragua, con el norteno verano. Por otra parte, la estación lluviosa, favorable al crecimiento de las plantas, presta a las tierras el sello, el carácter del verano (del verdadero verano), mientras que en el tiempo seco el escaso verdor da al paisaje mas bien el aspecto de invierno".

—Quiere decir que aquí el invierno no es de nieve sino de fuego.

—Más todavía, nuestra original y loca climatología nos proporciona tres primaveras. Una primavera germinal (en abril) en que la germinación de flores y hierbas se abre paso bajo el fuego. Ha visto usted brotar de pronto, bajo la tierra quemada y negra, los retoños verdes, como un símbolo prodigioso del Fénix resucitando de sus cenizas? Otra primavera ocular (en mayo-junio), cuando el primer aguacero transforma en una sola noche un paisaje desolado y yermo en un paisaje jubiloso, verde, de tarjeta postal. Y una tercera primavera climática (en diciembre) cuando los suaves y frescos vientos, la verdura, el aire, y la alegría de la naturaleza dan a Nicaragua el clima que tradicionalmente llamamos "primaveral".

Pero, además, fíjese usted, lo que estas tres primaveras locas y revolucionarias producen en la psicología del nicaragüense:

La primavera de abril irrumpe en lucha con un clima infernal. Es nuestra primavera de fuego. Lo nuevo brota entre llamas: hay un duelo implacable en las fuerzas de la naturaleza que repercute en el hombre y lo desequilibra. En nuestra historia abril es el mes de los golpes de Estado, de las revoluciones. La primera guerra mestiza nicaragüense —la de Diriangén contra Gil González— fue en abril y fue encendida en ese bohorno: primavera de chicharras y de balas.

La segunda primavera, la ocular, es literaria. Las primeras lluvias, el primer aguacero, es la milagrosa frontera de muerte-vida, la línea de la resurrección, de allí que casi no exista poeta nicaragüense (Cabrales con su inmortal primer aguacero)

VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Pallais con sus "Caminos" jubilosos después de las lluvias, mi "Tío Invierno", Silva en sus libros y en su "Barro en la Sangre", Román en "Mapa", Cardenal en su "Hora 0", etc.) todos han sufrido el impacto de esa primavera de los vientos que por resucitar la naturaleza, es una llave para las nostalgias y "saudades".

La literatura nicaragüense ha rendido un tributo colectivo a las aguas germinales. En Nicaragua toda creación se sustenta, como en el Génesis, sobre las aguas primordiales.

La tercera primavera —nuestro tiempo de primavera— que impulsan los vientos de invierno, es la que abre su alegría en diciembre, pero, por una parte coincide con una fecha de nacimiento y de vida —la de la Navidad y las Pascuas— que le da un aire feliz, de inocencia y esperanzas inefables; y por otra parte en lo más íntimo de la naturaleza, coincide con una etapa de muerte; es el tiempo invernal —tiempo en que el otoño agoniza —caen las hojas— y algo muere con el año y con la tierra. La primavera de abril no suscita dulces pensamientos de paz, sino una furiosa necesidad de innovar contra el fuego arrasador; si la primavera de abril es la primavera de las espaldas, la primavera de diciembre es una primavera de sonrisas, alegría burlesca del clima por la Muerte del otoño disfrazado de primavera, invierno disfrazado de niño— y el hombre que vive ese loco tiempo, un áspero y burlón y desequilibrado soñador de contradicciones.

—Pero, me ha dejado impaciente por conocer el final de su relato de su personaje-pueblo . . .

—Pues bien, resulta que al llegar al Siglo XXI un dirigente técnico de este pueblo (porque pronto los únicos que van a tener algo que decir en Nicaragua, a pesar de los diputados, son los técnicos) se da cuenta de que todo el problema de la Costa Atlántica, no es cuestión de carreteras, o escuelas, o tonterías antiguas como éstas, sino el resultado de sus condiciones climáticas. Que el verdadero Reincorporador de la zona sería el que inventara un método para equilibrar el sistema de lluvias y de vientos de la Costa Atlántica. El Ministerio de los Atomos y la Paz acoge la idea y logra inventar un método atómico climatológico —muy simple y barato— que regula lluvias y vientos. En un período presidencial se logra rebajar la exhausta vegetación atlántica. Al rebajarse la selva el clima, se favorece el desarrollo humano e inmediatamente sube la cuota de Civilización de la zona atlántica. ¿No está bien?

—Técnicamente perfecto!

PABLO ANTONIO CUADRA